

CAPÍTULO XIII

Tamoanchán. — Pantlán. — Totonacápan. — Xicalanco. — Tradiciones. — Cuexteca. — Determinación de la geografía primitiva del territorio ocupado por la raza del sur. — Costumbres. — Elementos para estudiarlas. — Región media entre los mayas y los quichés. — Pueblos que la ocupaban. — Ideas cosmogónicas de la raza del sur. — Materialismo. — El dios Tziminchac. — Leyenda sobre el caballo de Cortés. — Adoración del trueno. — Culto de los fenómenos meteorológicos de la lluvia. — Sacrificios humanos. — Piedras de sacrificio en Tayassal y Copán. — Sacrificio de niños. — Estucos alegóricos de Nachán. — El dios Chac inventor de la agricultura. — Alarde de la victoria en los sacrificios. — Danzas sagradas. — Sacrificio del fuego al dios Hobó. — Antropófagos. — Politeísmo. — Idolos. — Materias de que estaban formados. — Barros de Chanpotón. — Barros de Nachán. — Tipos primitivos. — Guerrero quiché. — Idolos alegóricos. — La diosa de la concepción. — Materialismo religioso.

Hemos visto cómo se estableció la civilización del sur con las dos grandes teocracias de Votan y Zamná, en la región quiché y en la península maya, y también hemos hablado de cómo se extendió desde sus principios entre la Mesa central y la costa del Golfo, partiendo de la actual costa de Veracruz á nuestra frontera y penetrando en el que hoy es territorio de los Estados Unidos. La faja de tierra entre la Mesa central y el Golfo llamábase primitivamente Tamoanchán. Conservaban la tradición de la raza, los habitantes de esa región, de haber venido en barcas por el oriente, y como esa tierra sirviese de paso al interior llamáronla los mexicanos Panoaia, Pantlán ó Pánuco, de *Pantli*, puente. A la parte inferior de la zona ó faja pusieronle Xicalanco, como ya se ha dicho. Hay que advertir que generalmente se cree que esta palabra viene de *xicalli*, jícara ó vaso de calabaza, etimología que nada nos manifiesta ni nos explica. Al penetrar los mexica hasta la costa, iban imponiendo nombres á las localidades que ocupaban, y esos nombres son los que encontramos en sus jeroglíficos y en los relatos de los cronistas, y siempre buscaban alguna razón para determinar el nombre de cada lugar. Ya hemos explicado por qué llamaron Pantlán al centro de la región de la costa. A la inmediata le pusieron Totonacápan, que significa *lugar de alimentos*, por sus grandes productos agrícolas que á veces sirvieron para sustentar á los mexica en sus calamidades. Y como en la parte meridional de esas tierras encontraran los grandes edificios, templos y pirámides de que ya hemos hablado, llamáronla *lugar de hermosas casas*, de *xihuitl*, bello, y *calli*, casa, haciendo el nombre Xicalanco, ó bien de *xicalteltl*, que significa estuco ó piedra bruñida.

Mas como quiera que ni ellos ni otros nahoas

penetraron por la parte norte de la costa, allí no se mudaron á los lugares sus nombres primitivos; y desde luego se nota que los que se conservan empiezan con *tam*, como toda la región que se llama Tamaulipas, el puerto de Tampico, los ríos Tamcaxnequi y Tamesí y la laguna de Tamiahua; raíz, *tam*, que lo es también de Tamoanchán. No falta quien encuentre relación entre *tam* y Zamná; pero nosotros nos contentaremos con llamar la atención sobre que la palabra termina en *chan* y que *tamoan* debe ser voz que califique á esos *chan*, como *poton* en Potonchán. Es la misma raza *chan* extendiéndose por la costa hacia el norte.

La misma configuración del terreno está demostrando que no pudo haber en la región una sola nacionalidad. Dos se distinguen sin dificultad: la una de Papantla al norte, que los nahoas llamaron Cuexteca, y la otra al sur, que es el Xicalanco; pero primitivamente toda la costa se llamó Tamoanchán. Las tradiciones que sobre esto nos confirmó Sahagún son preciosas y confirman cuanto antes hemos dicho. Sabemos por ellas que los de Tamoanchán se extendieron hasta Teotihuacán, en la Mesa central, y que después se volvieron al Pánuco de donde habían salido; que se llamaban *toociome* y que eran los *cuexteca*. Decían también que habían venido sus antepasados en barcas, que habían ido hasta Guatemala y que poblaron en Tamoanchán. Esta anfibología del relato de Sahagún ha sido causa de que algunos quieran poner Tamoanchán en Guatemala. Pero basta ver que en otro lugar los coloca en la costa del Golfo para comprender que á lo largo de esta costa estaba el Tamoanchán, si bien la raza se había extendido á la región quiché como lo hizo en la península maya.

Que *cuexteca* y *tonaca* eran los mismos en un

principio se conoce por el relato de Sahagún, que ocupándose de la región de Cuextlán ó Pantlán, dice que la llamaban también Tonacatlápan ó *lugar de bastimentos*.

Podemos, pues, fijar la geografía primitiva de la raza del sur de la siguiente manera: teocracia de los Zamná, que ocupaba la península maya; teocracia de los Votan, en el territorio quiché; los *xicalanca*, en la parte inferior del Tamoanchán; los *cuexteca*, en la parte superior, y finalmente los pueblos de los *mounds*.

Podremos ya con más facilidad fijar las costumbres primitivas de la raza, aunque ya mucho hemos dicho sobre esta materia; pues tenemos para ello como elementos preciosos lo que nos revela la región de los *mounds*, lo que sabemos de los *cuexteca* que no fueron dominados por la raza nahoa, y por lo mismo no recibieron la civilización de ésta, y lo que nos conservaron algunos cronistas, como Villa Gutierre, acerca de las tribus que no habían sido conquistadas por los españoles, y que mucho después de la Conquista conservaban sus viejas costumbres, en el territorio que está entre la península maya y los antiguos quichés. Todavía hoy viven casi de la misma manera los lacandones, y su vida nos suministra datos importantísimos. Es de notarse que cuando un pueblo recibe alguna influencia de una civilización extraña, si no llega á tomar ésta por suya propia, va después desapareciendo poco á poco y sobreponiéndose la primitiva del pueblo ó raza por la ley de las persistencias, que tan característica es de los mayas. Así es que podemos considerar muy aproximadas las costumbres de los *itzaes* del Peten, cuando se sujetaron á los españoles, á las que tuvieron durante la teocracia de los Zamná. Y como dichos *itzaes* por el alejamiento en que vivían no pudieron desarrollar en gran escala su cultura ni menos construir las hermosas ciudades y suntuosos edificios que tanto hemos admirado en la península maya, podemos creer que su situación correspondía á la de la teocracia en sus primeros tiempos. Y así, estudiando las del Peten, nos figuraremos las poblaciones mayas más antiguas, su organización, sus costumbres de entonces, su culto religioso, sus habitaciones y vida doméstica, sus diversiones, guerras y armas, sus cacerías y comercio, y en una palabra, ayudados de los otros elementos á que nos hemos referido, reconstruiremos hasta donde sea posible una existencia social perdida entre las sombras de un pasado todo lobreguez y todo misterio.

Los diversos pueblos que había entre la península y el territorio quiché eran los *itzaes*, *petenes*, *lacandones*, *cheaques*, *mopanes*, *choles*, *chinamitas*, *cabozes*, *uchines*, *ojoyes*, *tirampies* y otras tribus; pero los principales y que constituían una nación de cierta importancia eran los *itzaes* que habitaban la

laguna del gran Peten. Peten significa isla; y en esa laguna había una mayor y principal y otros *petenes* menores. La primera vez que hubo ocasión de conocer á esos pueblos fué cuando Hernán Cortés hizo su expedición á las Hibueras. Entre ellos, y esto es dato importante, dió con el pueblo que se llamaba de los *venados*. Muchos eran á la verdad los venados que en esa tierra había y corrían tan poco y tan sin espantarse de la gente, que los soldados españoles los alcanzaban á caballo y los lanceaban á su placer. Preguntando á sus guías por qué encontraban tantos venados y tan mansos, les dieron por respuesta que en aquellos pueblos tenían por sus dioses á los venados, porque su ídolo mayor se les había aparecido en aquella figura, mandándoles que no matasen á los venados ni los espantasen. Era esto en la región de Amoxtón, que después se llamó Acala, y confinaba con los quichés.

La cosmogonía maya-quiché se descubre en estas creencias de pueblos que tomaban nombres de animales, y que por su pensamiento de proceder de ellos, con ellos se confundían. La idea estaba bien expresada por Votan cuando decía: «Yo soy culebra.» Hemos visto también á esos pueblos creerse hijos de la seiba, *Mox*. Los dioses creadores, padres y madres, son la zorra, el coyote, el jabalí, el corazón del lago y el del mar, la jícara azul y la verde. Expresemos esto en nuestro lenguaje y nos resultará una cosmogonía esencialmente materialista.

El cielo y la tierra forman una esfera, dentro de la cual va á producirse la creación: la jícara azul, el espléndido firmamento tropical color de turquesa, y el cajete verde, la tierra con sus bosques y la mar con sus olas de esmeralda. De esta esfera, del zorro, el coyote y el jabalí nacen los hombres, y del corazón del cielo y de la tierra, del lago y del mar; pero notemos que *rgux* ó *qux*, que por espíritu se toma, quiere decir corazón, y que, según las creencias quichés, en él residía la vida: no había espíritu, sólo vida. De manera que esa cosmogonía se reduce á la siguiente proposición: las fuerzas vitales de la esfera formada por la tierra y el firmamento, hicieron nacer de los árboles y de los animales á los hombres. Sistema no muy apartado del de la selección, hoy tan en boga.

Como se ve, esa cosmogonía era enteramente materialista, como lo era aquella filosofía, supuesto que tenía por única base el que la vida residía en el corazón, sin que hubiese noción del alma ó espíritu. Naturalmente la raza que tenía por padres y madres á los animales los hizo sus dioses, y dato muy importante nos dan también en esta materia los *itzaes*.

Cuando los padres Orbita y Fuensalida entraron en el Peten hacía el año 1618, casi un siglo después de la conquista de México, época en que no se había podido hacer la de los *itzaes* conservando aún éstos sus primeras costumbres, entraron en uno de los kúes ó templos

piramidales y vieron que estaba en medio de él un gran ídolo de figura semejante á la del caballo, hecho con mucha perfección de cal y canto. Estaba como sentado en el suelo del templo sobre las ancas, encorvados los piés y levantado sobre las manos. Adorábanle por dios de los truenos y rayos y le llamaban *Tziminchac*.

Como quiera que noventa años antes, cuando pasó Cortés por la orilla de la laguna del Peten, se le había despiado en la sierra del Alabastro un caballo morcillo, y se lo dejó á los indios para que lo curasen, se inventó la leyenda al ver aquel ídolo de figura parecida al caballo que en tanta veneración tenían, de que habían deificado al caballo de Cortés. Se refería por los españoles que los indios pretendieron curarle, que le presentaban á comer pavos silvestres y otras carnes, que le ofrecían ramilletes de olorosas flores como acostumbraban hacer con las personas principales cuando estaban enfermas, y que todo este regalo y honra redundó en acarrearle la muerte al pobre caballo que murió de hambre. Y que viéndolo muerto, mandaron hacer una estatua de piedra de él y la colocaron en el templo en lugar preeminente á las de sus otros dioses, y le pusieron el nombre de *caballo del trueno ó rayo*, por haber visto que algunos de los soldados de Cortés disparaban las escopetas encima de los caballos, con lo que entendieron que estos animales eran causa del estruendo que hacían que les parecía trueno, y tenían por rayo la luz del fognazo y humo de la pólvora.

Si esta relación fuera cierta, sólo confirmaría la zoolatría de la raza; pero el mismo Villa Gutierre la tiene por leyenda. En cambio sabemos por ella que el ídolo principal de los itzaes era el *Tziminchac*. Ahora bien, *chac* significa trueno, y *tzimin*, tapir; de modo que el ídolo era un *tapir dios del trueno*. Recordemos que en el tesoro de Votan había una mujer que guardaba tapires. Vemos, pues, que el tapir era deidad muy principal de la raza; y se comprende, porque adorando á los animales debían tener preferencia por el cuadrúpedo más grande que les era conocido. No sabemos qué relación pudiera tener el tapir con el trueno; pero resulta que era el dios que lo significaba. Llama la atención que la pirámide de Papanla se llamase *tajin* ó trueno. Sobre ella había una gran taza para recibir las lluvias: de modo que el trueno era para aquellos pueblos, esencialmente agricultores, el anuncio del rocío del cielo tan benéfico para sus campos, y por eso le adoraban como á dios. Pero notemos también que si el tapir era el cuadrúpedo más grande, *Hurakán* significa el dios largo, y era el creador ó padre del trueno. Agreguemos que *Zamná* era el rocío del cielo, la lluvia. De manera que encontramos en *Zamná*, *Tajin*, *Hurakán* y *Tziminchac* una misma idea, el culto de los fenómenos meteorológicos de la lluvia, culto natural y preciso en pueblos que vivían de la agricultura, y el cual, por razón de la

zoolatría dominante de la raza, se representó por el tapir, *tzimin*, que quedó por dios muy principal.

Tráennos estas cuestiones religiosas á las del culto, y para nosotros la principal es la relativa á los sacrificios humanos. Creemos que en esto se ha incurrido en muchos errores, por el de no haber distinguido las razas, las civilizaciones y las épocas. No hay huella ni prueba ninguna de que la raza autóctona practicara los sacrificios humanos. Lo más que se dice es que cuando cazaban algún animal lo alzaban como mostrándolo al sol en acción de gracias. Tribus salvajes, puede decirse que no tenían religión y mucho menos culto. Mataban á sus enemigos en la guerra, pero no los sacrificaban. El sacrificio supone una religión organizada y un culto perfectamente establecido: el sacrificio es el refinamiento del culto, es la ceremonia más grandiosa de los pueblos que han sustituido á las creencias las solemnidades de la liturgia, y al amor de sus dioses el temor á sus sacerdotes. Por eso tampoco encontramos los sacrificios humanos en el Chicomoctoc. Los nahoas profesaban una religión muy sencilla y casi no tenían culto: por lo mismo no conocieron esas cruentas prácticas. Pero sí era lógico que en la religión primitiva, fantástica y supersticiosa de los maya-quichés hubieran tenido origen los sacrificios. Que esta costumbre bárbara se exageró después en los tiempos de decadencia, no puede ponerse en duda; pero nació y fué costumbre desde los primeros.

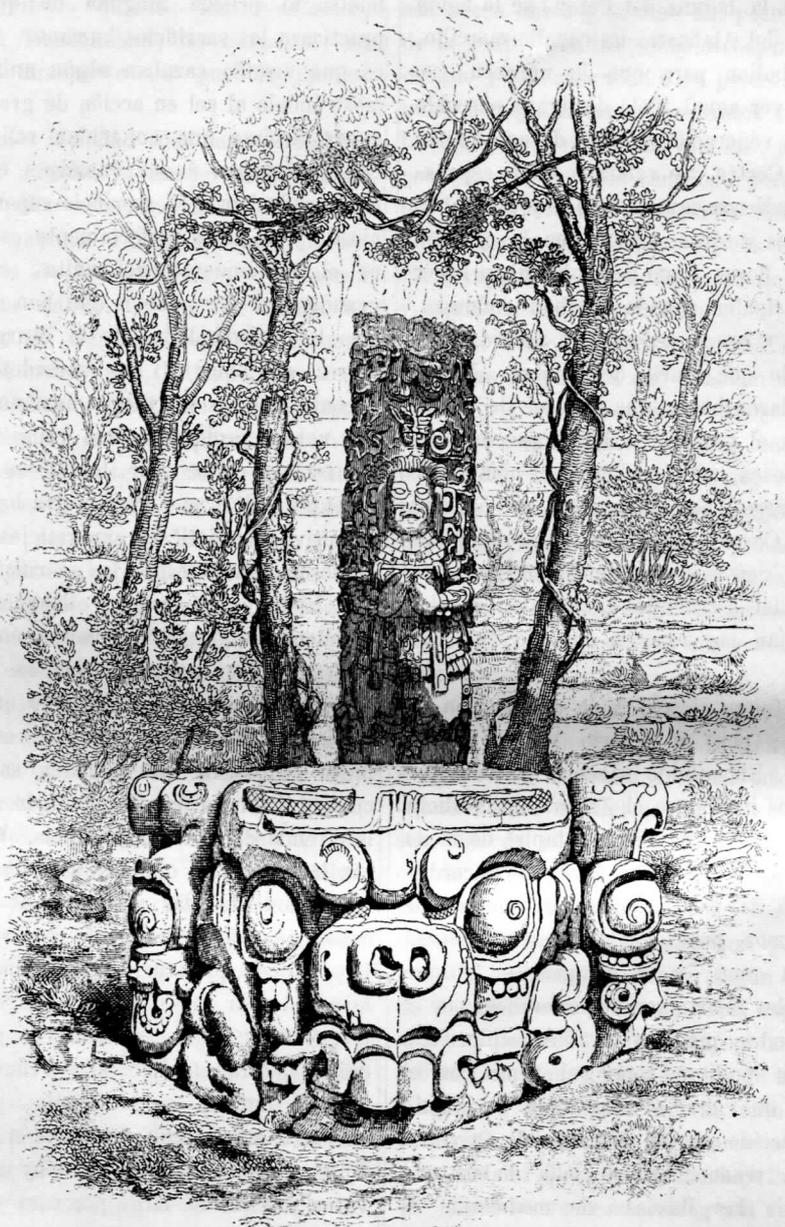
Desde que un pueblo cree que el ídolo es el dios, comienza por llevar ante esa estatua su ofrenda, y luego consistirá en animales sacrificados, y al fin, cuando llegue el fanatismo á todo su desarrollo, se hará la ofrenda de víctimas humanas. Cuando llegó á Nohbecán la expedición que iba al Peten, encontró delante de los ídolos ofrendas recientes de cacao y copal y una canoa pequeña. En cuanto á los sacrificios, en el gran Peten ó isla principal de la laguna, en la cual se había levantado la metrópoli de aquella nación palustre, metrópoli llamada Tayassal, el padre comisario Avenaño, que fué de embajada á fines del siglo xvii, fué recibido en un gran templo, y al entrar en él se encontró á la primera vista con la mesa de los sacrificios, que era una piedra muy grande, de más de dos varas y media de largo por vara y media de ancho, con doce asientos que la rodeaban para los doce sacerdotes que ejecutaban el sacrificio.

Ya hemos referido antes como en Copán había delante de los monolitos grandes altares. Entre ellos podemos citar uno muy notable, que tiene siete piés por lado y cuatro de altura, el cual está ricamente esculpido por sus cuatro lados. Los frentes representan calaveras de forma fantástica, y la parte superior está también esculpida, y tiene cavidades que servían sin duda para recoger la sangre de las víctimas.

Son de tan diferente forma estas piedras de sacri-

ficio y las que los conquistadores encontraron en México, que se creería que era distinta la manera de matar á las víctimas. Y sin embargo era la misma, pues el sacrificio consistía en abrirlas el pecho, arrancarles el corazón y ofrecerlo á los dioses. El sacerdote Ahkinppól abría con un cuchillo el pecho de la víctima, formando

una boca capaz para meter la mano y arrancar el corazón. Y era que para ellos, ofreciendo el corazón ofrecían toda la vida del sacrificado y todo su sér, pues pensaban que en él residía el origen de todos los sentimientos, de la inteligencia y las pasiones. Por eso los otomíes de la misma manera llaman al alma y al corazón,



Piedra de sacrificios de Copán

muy; es decir, no tienen palabra para expresar la primera, porque para ellos no había espíritu sino únicamente corazón y vida, y por eso también, para expresar su amistad y cariñosos sentimientos, los itzaes decían que su corazón estaba bueno.

Cuando en 1696 el general Ursúa conquistó el Peten, se eligió para primer templo cristiano, entre los veintiuno que había en Tayassal, precisamente aquel en

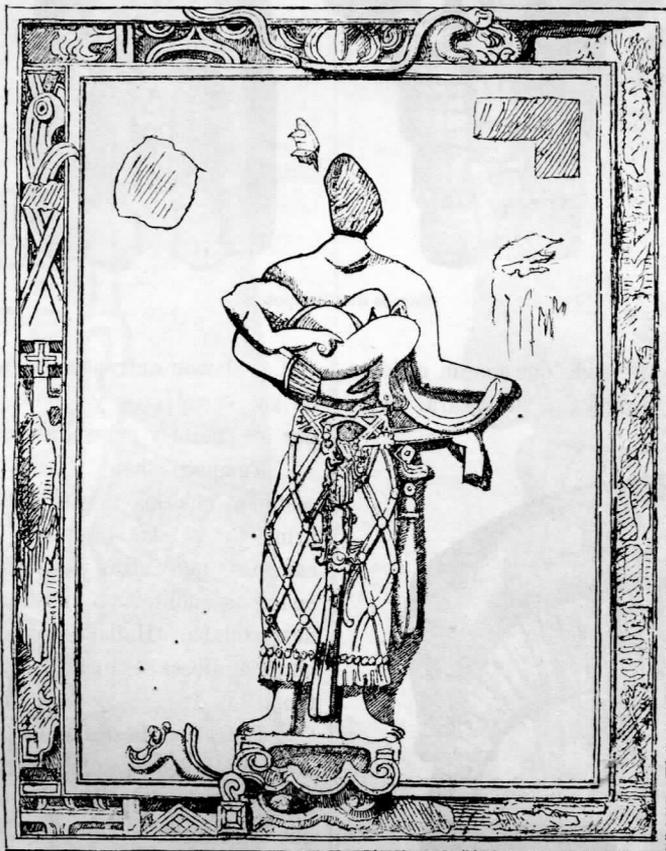
que el sumo sacerdote Kincanek y los otros sacerdotes idólatras se juntaban, cuando había sacrificios que ejecutar, para sacar los corazones á los hombres y ofrecérselos á sus dioses. La costumbre era sacrificar á los cautivos hechos en la guerra, pero á veces sacrificaban niños que ofrecían á sus deidades. Creemos ver una de estas ofrendas en el famoso relieve de la cruz del Palenque, y en el templo de los Tableros, los cuatro

pilares tienen cada uno una figura de estuco, y aunque están bastante deterioradas, dos de ellas muestran la ofrenda de los niños. La del primer pilar es una mujer, según por el vestido se conoce, y tiene en los brazos al niño destinado al sacrificio.

Los sacrificios de niños, de dos únicamente, según parece, tenían lugar una vez al año y en honor del dios *Chac*, para pedirle las lluvias. *Chac*, como ya hemos dicho, era el trueno, y como éste precede á la lluvia, y la lluvia fertiliza los campos, decían alegóricamente los mayas que el dios *Chac* fué el inventor de la agri-

cultura. Los otros sacrificios eran solamente de cautivos en la guerra, si se trataba de gente principal tomada en ella. No había en esto una crueldad de oficio y de costumbre, como veremos que se estableció más tarde entre los mexica; era, por el contrario, señal de triunfo y causa de regocijo. Encontramos, tanto en las tradiciones de la península maya como en el Tamoanchán, que después de sacrificar á los cautivos era costumbre poner sus cabezas en altísimas picas sobre los kúes ó pirámides, como alarde de la victoria.

Había, además, por virtud del fanatismo, la creen-



Estuco de Nachán. — Ofrenda de un niño

cia de que el sacrificio era causa de felicidad para la víctima y sus parientes, y así acompañaban la ceremonia con estruendosos bailes y algazara y ruido de tuncules, tortugones, flautas, cañuelas y voces de cantores, que para aquellas funciones tenían señalados. Y para que sintiesen menos á la víctima, llevaban á los padres y parientes y los hacían entrar con los demás en el baile, persuadidos de que eran dichosos con tal sacrificio, y de que su dios *Hobó* lo quería para darles cuanto le pidiesen, y quedaban desde entonces por gente principal é ilustradas sus casas y familias.

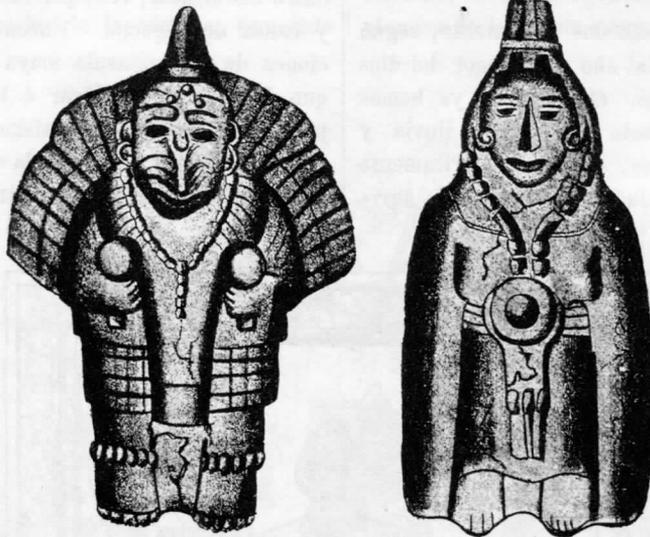
La antigüedad de los sacrificios humanos entre los mayas, creemos que tiene buena prueba en el dedicado al dios *Hobó*, pues éste fué una de sus deidades primi-

tivas, y ya no se encuentra en la lista de dioses que dan Cogolludo y el señor Orozco. *Ho* es el nombre de una de las primeras capitales de los mayas, que se llamó también Tihóo, como hemos visto; sabemos, además, que fué ciudad muy antigua, tanto que se le llamó por excelencia *capital* ó *ho*. *Hobó* viene á significar *ciudad redonda*, simbolismo acaso de la tierra. Y era por cierto cruelísimo el sacrificio que se hacía, pues consistía en meter á la víctima en un ídolo hueco de forma de hombre, abierto por la espalda y con los brazos tendidos, y allí le daban fuego hasta convertirlo en ceniza. Y mientras se quemaba, los sacerdotes bailaban haciendo tal ruido y estruendo con voces é instrumentos, que el miserable sacrificado de ningún modo

podía ser oído, aunque muy lastimosa y altamente se quejase.

Por regla general se comían la carne del sacrificado;

y á este propósito se ha suscitado entre los escritores la cuestión de si nuestros indios eran antropófagos; y generalmente también han querido nuestros historiadores



Barros de Chanpoton

defenderlos de ese cargo, queriendo que fueran mejores de lo que correspondía á su tiempo y á su cultura. Ale-

que se llaman antropófagos los hombres que comen carne de sus semejantes y que aquellos indios, aunque fuese por accidente, y por religión, la comían.

Tampoco han faltado escritores que pretendan sostener que los mayas habian sido monoteistas en su principio y que tuvieron idea de la trinidad y no sabemos qué otras creencias ajenas enteramente á la época de politeísmo necesario en que aquella raza se desarrollaba. Hallamos, por el contrario, que tuvieron muchos dioses é infinidad de ídolos que los representaban.

Entre los dioses de los mayas, citan los cronistas á *Kinchalau*, que tenía por esposa á *Ixazalboh*, que inventó la manera de tejer el algodón; á *Ixchebelyax*, que les enseñó la pintura y á hacer labores en las telas; á *Citboluntun* y su compañera *Ixchel*, dioses de la medicina; á *Xocbitun*, que era como musa del canto, y á *Ahkinxococ*, que lo era de la poesía; á *Kacupanac*, mirada de fuego, que era su dios de la guerra, y á *Ahchuycac*, que cuatro capitanes conducian en hombros á las batallas. Como se ve, la guerra y las artes, en que tanto sobresalieron en la teocracia de los Zanná, eran sus principales deidades.

Creían que el cielo estaba sostenido en los cuatro puntos cardinales por los dioses *Zacal-Bacab*, *Canal-Bacab*, *Chacal-Bacab* y *Ekel-Bacab*. Tenían también por dios á un palo que llamaban *Mam* ó antepasado, por la creencia que tenían de que habían nacido de los árboles, y otros muchos dioses que sería inútil enumerar, pero que iban correspondiendo á todas las necesidades de la vida, aun las más sencillas y domésticas. Mas sí citaremos á la diosa *Zuhuykac*, fuego virgen,



Barro de Nachán (Palenque)

gan á veces que casi todos los pueblos primitivos tuvieron esa costumbre, y otras que sólo lo hacían por accidente y con los cuerpos de los sacrificados. Pero la verdad es

deidad á quien se dedicaban las niñas, y que presidía á un cuerpo de doncellas semejante al de las vestales.

Natural era que los mayas tuviesen gran número de ídolos. Dice Cogolludo que pocos eran de piedra, algunos de madera y los más de barro, y que tanto apreciaban los de madera, que se heredaban como cosas de valor. Pero era tanta la cantidad de ídolos que tenían, que cuando fué tomada la gran laguna del Peten, que llamaban Chaltuna, y asaltada la ciudad de Tayassal



Ídolo quiché

ó Taitzá, no se pudieron reducir á cuenta los que ahí se encontraron; pues á más de estar llenos de ellos veintium templos grandes que tenía la población en lo alto de sus *homul* ó pirámides, eran innumerables los que se hallaron en las casas particulares, tanto que hasta en los banquillos que de asiento servían, se encontraban en cada uno dos ó tres idolillos de raras y diversas figuras. Para ponderar su número, bastará decir, que habiéndose mandado destruir por el general Ursúa, se emplearon en ello todos sus soldados; y en quebrar, desbaratar y quemar ídolos estuvieron desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la

tarde. Ya se comprende ahora por qué en muchas partes no se encuentran ídolos antiguos, pues acababan con ellos en estas destrucciones en masa.

Se encontraron en Taitzá ídolos de diversas materias, algunas preciosas. Eran los unos de alabastro, de las ricas canteras de la sierra inmediata. Y hay que advertir que las pirámides y templos de la isla estaban formados en su mayor parte de grandes y bien pulidos trozos de ese mismo alabastro. Se encontraron ahí también ídolos de preciosísimo jaspe verde, morado, rubio y de otros colores, y algunos de metales que los españoles no conocieron. El gran ídolo *Hobó* era de



Guerrero quiché

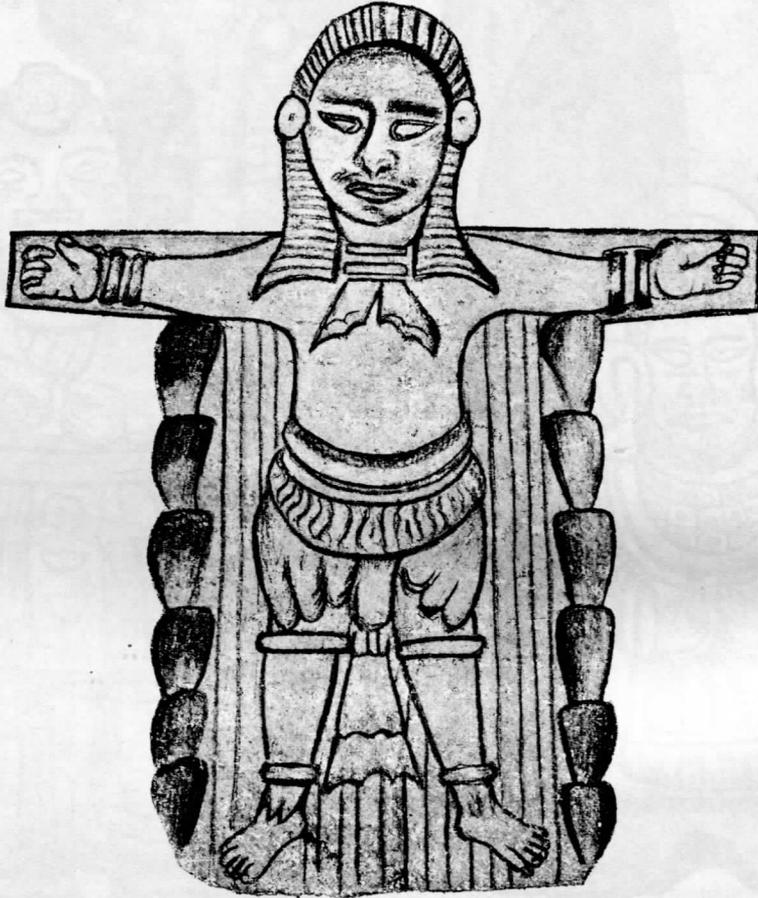
cobre, y había otros de madera, de yeso y de varias y diferentes piedras; de suponer es que la mayor cantidad eran de barro.

A la vista tenemos algunos ejemplares auténticos de Chanpotón y de Nachán, así como dibujos fieles de otros que nos envió nuestro buen amigo el doctor don Simón Sarlat, cuando fué gobernador de Tabasco. El más notable de los barros de Chanpotón parece ser *Pizlimtec*, deidad de la música, pues tiene en las manos unas sonajas. Cubre su cuerpo con el traje conocido y lleva el indispensable *ex* y gargantilla de cuentas; en la cabeza un tocado como turbante, y en el rostro una máscara en que se nota claramente la nariz postiza; á la espalda tiene uno como gran cuello que le sube hasta lo

alto de la cabeza. Otro hay también semejante, que el señor Gondra creía fuese una matrona.

Entre los de Nachán ó Palenque hay algunos muy notables, y son tan completamente desconocidos, que vale la pena de que nos ocupemos de ellos. Lo primero que llama la atención es una cara con una especie de sombrero rarísimo; pero lo más notable para nosotros es su tocado como capelina de rayas; tiene grandes orejas y un jeroglífico sobre la frente. Sin deducir nada, encontramos ese tocado semejante al que se ve en algunas

esfinges egipcias. Más marcado se observa en otro ídolo de forma oval, que figura los piés en su parte inferior, y tiene las manos en la misma posición que los relieves de Copán. Pues aun hay una tercera figura en que el tocado es más claro y característico, bajando en bandas sobre el cuello. Se le distinguen perfectamente la camisa que le cubre el busto, el calzón, y una cintura de plumas de la que cae el *ex*. Tiene los piés desnudos y se presenta en actitud de estar atado en una especie de cama como de suplicio, con los brazos tendidos en



Suplicio quiché

cruz y al parecer afianzados con abrazaderas. De este ídolo sólo existe el molde en que se hacían las figuras, por lo que suponemos que era un dios cuya efigie se reproducía y reverenciaba mucho. Los que lo conocen han creído ver en él el suplicio de la cruz; pero nosotros vemos cosa distinta y un aparato muy diferente, aunque también lo creemos de suplicio. Hay en la región del Palenque la creencia de que estos barro representan la primera raza y sus trajes de entonces, y nos parece que no van del todo descaminados.

También merece nuestra atención otro barro que representa á un guerrero quiché. Tiene adornos de plumas en la cabeza, el canuto ó piedra que le atraviesa

la nariz, collar con una especie de medallón, carcaj á la espalda, en la mano algo como una pipa, la camisa y calzón y el calzado de forma como de borceguíes con puntos que figuran piel de tigre, y el *ex* de costumbre colgando sobre la enaguilla, de donde se llamó á los que las usaban *tzequiles* ú *hombres con enaguas cortas*; que son como ésta y otras que ya hemos visto, y no los trajes talaros que algunos escritores pretenden. Dice la leyenda que cuando llegaron los *tzequiles* ú hombres de las enaguillas, aceptaron los tzendales sus trajes y costumbres y les dieron sus hijas en matrimonio, y Ordóñez agrega que esto fué mil años antes de nuestra era y que los *tzequiles* eran nahoas. No creemos que lo

fueran, aunque sí representan una reforma en el traje respecto del que anteriormente hemos descrito, que acusa sin duda la introducción de algún elemento extraño.

Pero de estos barroos los más notables son otros dos que se refieren á la reproducción humana el uno y á

que nos son conocidos se ve que en la península tenían el culto de la priapea.

En todas estas deidades, aun en la que acabamos de citar y que á la reproducción se refiere, notaremos



Idolo alegórico

la cuenta del tiempo el otro. Éste la da en sus rayos, puntos redondos y líneas, y aquél tiene tantas rayas como días pasan desde la concepción hasta el nacimiento, lo que revela notables conocimientos médicos en los quichés. Esta diosa correspondía sin duda á la *Ixchel* de los mayas. Agreguemos que en otros ídolos mayas



Diosa de la generación

que son representaciones de objetos materiales, sin que se relacionen nunca á ideas espirituales, con lo que confirmamos que la religión de la raza maya-quiché era esencialmente materialista.